

EDITORIAL

La uniformidad versus la diferencia. Un desencuentro en Colombia

Uniformity versus difference. A misunderstanding in Colombia

Retomando la propuesta de esgrimir algunas tesis sobre el problema colombiano, en esta oportunidad quisiera referirme a la incomprensión que aún se presenta en Colombia sobre un fenómeno propio de nuestro país, el de la diferencia y la diversidad, ya que esta última se ve como un obstáculo para el desarrollo y no como potencial de creación y curación, es decir, como forma de articulación que sirva como el germen de retículos y de redes envolventes y amplias que posibilite la creación de un nuevo país.

Dicha incomprensión hace que aparezcan posiciones de carácter racista en cabezas de políticos y de directores de entidades financieras internacionales, como las que afirman que en Cali viven como un millón de negros, que el Valle del Cauca no progresa porque la migración que ha recibido ha sido del Choco y no de Antioquia o Bogotá, o, que es necesario limpiar al país de campesinos, indígenas y negros para que se puedan llevar a cabo grandes proyectos, etc.

Así, el desprecio y la minusvaloración del otro diferente, diverso, del otro presente y vivo entre la multitud, se va convirtiendo en odio, en miedo y poco a poco se transforma en violencia y radicalismo ciego, que en la mayoría de las ocasiones son usufructuados por los intereses de conglomerados económicos que sólo tienen el fin de conseguir el máximo de ganancias posibles, a quienes no les importan los daños colaterales en términos de inestabilidad e injusticia social que se puedan generar.

Así mismo, como consecuencia de esta animadversión por las diferencias, en nuestras sociedades se presenta la exclusión mutua entre la cultura popular y aquella que no lo es (de origen europeo y ahora influenciada por los valores del imperio norteamericano). Esto se puede verificar cuando se va al teatro. Cuando apreciamos una obra con un alto nivel de simbolismo y de abstracción, antes de finalizar, gran parte de la gente se ha retirado, y luego en la calle se escuchan comentarios como “lo que yo no entiendo no puede ser teatro”, “las cosas tan complicadas no deberían presentarlas”, “perdimos el tiempo, aquí no había nada que ver”. De igual forma, al presenciar puestas en escena más sencillas y concretas, antes de finalizar, la gente que estaba en los palcos se retira, y de la misma manera, en la calle, se oyen expresiones como: “qué falta de significado”, “es un trabajo normalito, mejor me hubiera quedado viendo televisión”.

La exclusión que ejerce la cultura popular sobre la cultura ilustrada y que a su vez hace la cultura ilustrada de la cultura popular, deriva en otras, como por ejemplo, la exclusión de la práctica por la teoría, de la acción por el pensamiento, del empirismo por el racionalismo, del arte por parte de la ciencia, o de la naturaleza por la cultura. Esta incomprensión de la diversidad y de la diferencia, y el desencuentro

cultural asociado a la misma, imposibilita a los colombianos construir un país en el que quepamos todos y hace a la diferencia una generadora de conflictos.

Tal vez la incompreensión aludida tenga que ver con la intolerancia que cada uno de nosotros presentamos al otro que llevamos dentro, al femenino que encontramos en nuestro interior si somos machistas, al negro que vive en nuestras músicas, nuestras danzas y acercamientos corporales si es que creemos pertenecer a alguna raza elegida; al judío que se esconde en lo más profundo de nuestras costumbres cristianas, al aborigen que florece en las costumbres populares, en lo usos del lenguaje, en nuestras formas de ver el mundo, en nuestro baño diario y en nuestro culto al agua; a ese otro que, en definitiva, somos nosotros mismos y nuestros opuestos, si es que aún es posible llamar a ese otro opuesto más que complementario.

Así mismo, esta incompreensión hunde sus raíces en el miedo, en un profundo y arraigado miedo a lo diferente, a lo no normalizado o legitimado, miedo a lo desconocido que nos desliga de nuestras seguridades, miedo al vértigo y al cambio, miedo al riesgo de perdersnos en la duda, miedo a la posibilidad de reconocernos ya no como únicos, sino como otros, otros dentro de la gama de los distintos. Este miedo está afincado en una visión eurocentrista del mundo, traída por los conquistadores, quienes en lugar de ver seres humanos de baja estatura, veían en los aborígenes a monstruos con cabezas humanas incrustadas en el pecho. Estos conquistadores portaban la herencia española no ilustrada que valoraba la retórica más que al pensamiento y al oro más que a la belleza y a la vida, herencia que se negó a la reforma y a la ilustración, que se enclaustró y que cerró sus puertas a la ciencia y a la democracia.

El otro origen de la incompreensión aquí esgrimida, son las prácticas que nacen en la conquista y en la colonia, en la que desde el principio, América no fue una tierra en la cual se viviera entre iguales, por el contrario, en ella los conquistadores españoles utilizaron las encomiendas y las mitas para centralizar el poder sobre la tierra y sentar las bases de una cultura excluyente de dominación. Es decir, para construir un continente con muy pocas posibilidades de dar origen a verdaderas democracias con justicia económica y social.

Por otra parte, más allá del análisis histórico, el de carácter sociológico y económico, muestra como no solo en Colombia sino también en la mayoría de los países de Suramérica, en las grandes ciudades, se han conformado guetos, comunas pobres, villas miseria o favelas, en las cuales se construyen normas y procedimientos que conllevan a la autoexclusión, a convertir la lucha de clases en guerras de clases. Clases que no se entienden, que no comparten imaginarios y que por no poder hacerlo se enfrentan de manera violenta en una lucha desigual que fragmenta y desintegra las sociedades urbanas.

Esta guerra de clases es alimentada muchas veces por falsos imaginarios presentados por los medios masivos de comunicación, que muestran a las clases medias y altas como las minorías sin poder, son seres indignos, subnormales o poco menos que humanos y que por ello deben ser borrados de los discursos, ridiculizados o simplemente culpabilizados. Por otra parte, estos mismos medios se ocupan a través de programas tan populares, como las telenovelas, de mostrar a los desclasados que el poder y el saber son solo elementos que disimulan la naturaleza corrupta de los seres humanos, que lo mejor es renunciar a la cultura ilustrada, cultura que presenta muchas contradicciones y que es propia de seres perversos, de malos sentimientos, que bien pueden ser calificados de monstruos y de manipuladores de la ley para su propio beneficio (lo que no quiere decir que existan algunos que correspondan a estas características), seres que no se corresponden con los sentimientos, ni con la belleza y la sinceridad que se puede encontrar en el pueblo.

Cómo hacer frente a esta incompreensión de la diversidad y a las formas de exclusión que generan? Tal vez sería recomendable utilizar tácticas de progresivo acercamiento entre, unos y otros, entre populares y cultos, entre uniformes y diversos. Es decir, podría ser efectivo el llevar a cabo procedimientos que permitan reconocer las raíces populares, negras, indígenas, mestizas e hispanas de muchas de las prácticas y formas de interacción de la clase ilustrada, como en el caso de la ópera, el jazz, el rock o algunas costumbres de carácter higiénico. Así mismo, se podrían llevar a cabo campañas informativas que reivindicquen la medicina y la sabiduría de carácter popular y ancestral, deslegitimadas por el mercado y

las industrias farmacéuticas y del conocimiento, mostrando como estas corresponden a una genealogía de formación cultural, genealogía que les da valor en cuanto a saber construido desde la experiencia y fundado en la herencia cultural de los pueblos.

Por otra parte, también se requerirían tácticas de acercamiento que develen la belleza, el simbolismo y la abstracción, que existen en las manifestaciones culturales de carácter popular, prehispánico y mestizo, que también pueden cumplir con el objetivo de elevar los espíritus hacia órdenes más allá de lo práctico. Dichas tácticas corresponderían a exposiciones comentadas en centros culturales, salas y espacios comerciales, sobre los orígenes y la genealogía de los usos y las expresiones más corrientes de la cultura popular, prehispánica y mestiza (rituales, vestimentas, lenguajes, danzas, canciones, poemas, etc.). De la misma manera, la cultura ilustrada debería llegar a la gente en forma de conciertos masivos, representaciones teatrales en los estadios, exposiciones gratuitas de los grandes pintores y lectura pública de los grandes escritores, todo ello comentado de manera genealógica, histórica y estética. De esta forma, los espectadores populares podrían dar sentido y resignificar cada una de estas actividades culturales. Otro camino para lograr romper esta contradicción entre lo popular y lo ilustrado, es el encuentro de grupos humanos ya no con manifestaciones simbólicas sino con otros grupos humanos, con los cuales puedan compartir actividades, generar proyectos conjuntos, reconocer racionalidades y consentir las formas de ver el mundo de los unos y los otros.

Tal vez las propuestas que aquí se hacen estén inscritas, o no, en el discurso decolonial postmoderno, o tal vez intentan reconocer nuestra naturaleza mixta, que se encuentra a medio camino entre el Mediterráneo y el trópico, entre las aceitunas y el mango, entre la ilustración europea y la pasión por la vida del continente americano.



José Joaquín García García
Director / Editor